

La guerrilla de ayer y de hoy

Alfredo Rangel Suárez

***E**l presente artículo se enmarca dentro de la coyuntura de la nueva oferta de paz hecha a los grupos alzados de armas por el Gobierno Nacional, y allí viene a aportar importantes elementos de reflexión. En efecto, el texto arroja luces en torno a las transformaciones sufridas por el sector guerrillero en los últimos años, las cuales tendrían su eje en el paso del ideologismo de los años sesenta a un pragmatismo impuesto por la propia evolución de las circunstancias. En tales términos, los objetivos de la lucha guerrillera se ordenarían ya no respecto de un proyecto nacional coherente, sino en la perspectiva de consolidar y extender posiciones de poder en el nivel local mediante el ejercicio de un puro "clientelismo armado".*

QUIÉN DUDA QUE EL PAÍS HA CAMBIADO mucho en los últimos diez años. Menos evidente para todos es la manera casi imperceptible como se ha transformado la guerrilla —en parte como resultado de su acomodamiento a esos cambios del país—, hasta tal punto que hoy es un fenómeno cualitativa y cuantitativamente distinto que no se puede seguir mirando con los ojos del pasado.

Para empezar, la guerrilla ha redefinido sus objetivos. La

revolución socialista latinoamericana y la construcción del hombre nuevo han cedido paso al dominio político de los municipios de Colombia y a la creación de clientelas a través de la acción armada. Su aspiración a tomarse el poder nacional y elaborar planes quinquenales para edificar el socialismo fue sustituida por la imposición de planes de desarrollo municipal que orientan los recursos de inversión pública hacia sus clientelas y le garantizan recibir, de

II TRIMESTRE 1995

parte de los contratistas, un porcentaje del costo de las obras. Y es que la guerrilla ya no sueña con derrotar militarmente al Ejército ni con tomarse el poder central del país; sólo aspira a sacar a la Policía del mayor número posible de pueblos para tomarse muchos poderes locales y ampliar su dominio territorial.

También han cambiado sus medios. Antes la guerrilla se armaba tendiendo emboscadas a la fuerza pública para arrebatarle los fusiles a los caídos (en sus términos, "recuperar las armas"); era su única opción ante el siempre exiguo apoyo internacional y la pobreza franciscana de sus columnas. La confrontación militar le posibilitaba a la guerrilla su expansión territorial, puesto que era su fuente de armamento: a mayor confrontación, más armamento. El combate militar era el medio irrenunciable para su expansión. Ahora esas "recuperaciones" tienen importancia marginal ante el amplio acceso que tiene la guerrilla a los innumerables canales del mercado negro internacional de armas, acceso garantizado por los enormes recursos económicos que le aporta el uso calculado y constante del terrorismo con fines económicos.

Antes la guerrilla se financiaba principalmente recurriendo a asaltos bancarios, apoyos voluntarios de los campesinos y una que otra vacuna o robo a algún ganadero o campesino rico; no estaba entre sus fuentes de recursos

ni la industria del secuestro, ni el narcotráfico, ni la extorsión generalizada. No había incurrido en los sectores que son grandes fuentes de divisas: el petróleo, el carbón, el oro ... la coca y la amapola. Tampoco se nutría como hoy de los fiscos municipales.

Los partidos tradicionales y sus dirigentes siempre fueron blanco de sus más radicales discursos; ahora la transacción y la componenda con facciones locales de esos partidos es una de las principales tácticas para garantizar su presencia y su influencia local. Por eso, cuando alguien proponía por estos días como solución al problema guerrillero la cooptación política de los insurgentes, olvidaba que son los guerrilleros los que ya están cooptando políticamente a los dirigentes locales de los partidos tradicionales, para quienes esos pactos son perfectamente funcionales cuando se trata de ganar elecciones a las facciones del otro —o del mismo— partido. Ante el dilema de manejar o no unos presupuestos municipales muy robustecidos, para unos y para otros los asuntos ideológicos poco y nada cuentan.

Si en sus inicios las FARC fueron un movimiento campesino en busca de ideología, y el ELN una ideología en busca de movimiento campesino, hoy ambas fuerzas tienen unas dinámicas militares y políticas propias y autónomas. Son mucho menos ideológicas y están muy lejos del

movimiento campesino. La guerrilla hoy sólo se representa a sí misma y su gran crecimiento reciente no ha sido alimentado ni por la revuelta social ni por la protesta ideológica. Son grupos armados con una gran capacidad para allegar recursos económicos, para controlar algunos territorios y para mantener una presencia superficial en otros. Sus banderas nacionales no se ven o no son creíbles, pero su clientelismo armado local y su eficaz aprovechamiento del desempleo rural juvenil les permite sobreguar políticamente.

Como síntesis de lo anterior podemos decir que los objetivos internacionales de la guerrilla se volvieron municipales y la desproporción que existía entre unos fines pretenciosos —la revolución latinoamericana— y unos medios tan modestos, —la "recuperación" de armas—, se ha revertido hacia un nuevo balance entre unos fines más modestos —el poder municipal— con unos recursos casi ilimitados. La guerrilla descendió de la ideología al pragmatismo, del redentismo a la *realpolitik*. Paradójicamente, esto la torna más peligrosa y desestabilizante.

Su composición también ha variado. Si en sus inicios sus filas se nutrían de campesinos y estudiantes altruistas, ahora el reclutamiento se hace con base en campesinos desocupados y colonos que buscan un salario y una forma de vida. Antes la doctrina mitigaba

las penurias propias de la escasez de todo, ahora la ostentación de los más inusitados artículos propios del consumismo urbano contribuye a dar *status* a los jóvenes guerrilleros frente a sus comunidades de origen.

El impacto de la presencia de la guerrilla en el campo también ha cambiado. De personajes más o menos pintorescos que transhumaban sin descanso por los riscos del país sin provocar mayores reacciones de los pobladores del campo, se ha pasado a ejércitos muy bien pertrechados que causan terror donde quiera su presencia se hace sentir. Y el resultado es bien distinto: un país que padece la acción de ejércitos privados de todos los pelambres, muy bien armados y equipados por señores de la guerra resueltos a defender a sangre y fuego sus territorios, o a liberarlos de la amenaza de cualquier otro poder armado. Consecuencia: la feudalización del país, su división en comarcas o principados dominados por grupos armados y una escalada de confrontación entre bandas que se han prometido guerra sin cuartel. Lo que, para ser sinceros, tampoco es extraño a la tradición colombiana; recuérdese la homogeneización política municipal que ocasionó la violencia clásica de los años cincuenta, y cómo ella estableció linderos partidistas territoriales durante un buen tiempo. Pero, claro, lo de hoy no tiene parangón con el pasado en términos de disposición de poder económico y de destrucción.

Pero tal vez lo que más diferencia la guerrilla de hoy de su pasado ancestral es el uso permanente y sistemático de un arma inédita contra la población civil: el terror masivo. Y esto parece haberla pervertido irremediablemente. La experiencia histórica demuestra que el terror se lo traga todo y quienes se embarcan en él no lo pueden detener, porque no avanza, sino que retrocede. Quienes a él recurren saben dónde comienzan, pero jamás saben cómo ni dónde terminarán. El terror lo devora todo: el esfuerzo, el poder, los medios y los objetivos, aún cuando sea concebido sólo como un eslabón de la estrategia general. En la guerrilla los diques y las restricciones morales parecen haberse roto para siempre. El problema de establecer los límites permisibles de la violencia —la gran cuestión tanto de la revolución como de la contrarrevolución— ya no existe.

La guerrilla se ha vuelto terrorista por su búsqueda sistemática, permanente y deliberada de la dominación mediante el terror que produce una forma de violencia cuyos efectos psicológicos son desproporcionados con respecto a su simple resultado físico. Mata a uno y atemoriza a diez mil, dice el proverbio chino. Por terrorista, la guerrilla ha dejado de insistir como antes en la humanización del conflicto y en buscar su reconocimiento como fuerza beligerante. Lo primero, porque actuar conforme a las leyes de la guerra la

privaría del arma del terror. Lo segundo, porque después de la debacle comunista ningún Estado estaría hoy dispuesto a reconocer beligerancia a una fuerza que viola en forma sistemática el derecho internacional humanitario, sin arriesgarse a ser acusado de despreciar ese derecho internacional.

La gran pregunta que resulta de todo este análisis es si la sociedad y el Estado le están dando hoy la respuesta adecuada a este fenómeno guerrillero que nada tiene que ver con lo que estábamos acostumbrados a presenciar hasta hace sólo unos pocos años. ¿No será que el replanteamiento tiene que ser total? Si consideramos los cambios ocurridos al interior de la guerrilla en cuanto a sus objetivos, sus medios, su composición y su impacto en las regiones, no parecería muy adecuado seguir insistiendo en salidas al conflicto que apelan principalmente a la buena voluntad de la guerrilla, cuando se trata de un problema de disputa de importantes cantidades de poder real a nivel local y regional.

Para la guerrilla el momento óptimo para iniciar una negociación sería no parece haber llegado todavía. De ahí su desgano por el diálogo. El horizonte se le presenta despejado y con muchas posibilidades para fortalecerse económicamente y para ampliar su poder político en las regiones. Tiene mucho espacio por ganar y mucha fuerza por acumular para negociar en superiores condiciones a las

actuales cuando llegue el momento oportuno de hacerlo, esto es, el momento más allá del cual no se pueden esperar más ganancias por la vía del conflicto, sino por la vía de la negociación.

Esta es la perspectiva del conflicto que actualmente tiene la guerrilla ante la exigua capacidad de contención militar y de control político de los municipios y de las regiones por parte del Estado. Ella sólo cambiará su percepción del desarrollo de la confrontación y de la oportunidad de la negociación en la medida en que se disminuyan de manera sustancial sus posibilidades de expansión y fortalecimiento. En consecuencia, el momento en que

se realizará un diálogo útil que conduzca a un tratado de paz estable y duradero, estará más o menos cercano en función de la mayor o menor capacidad del Estado para contener a la guerrilla y para reducir progresivamente los espacios conquistados por ella. En la base de la infundada apelación a la buena voluntad de la guerrilla para lograr la paz podría haber una inconsciente confusión entre lo que era la guerrilla ayer —pobre, idealista y redentora—, y lo que es hoy. Sólo si se le contiene y se le reduce se podrá obligar a la guerrilla de hoy, poderosa, rica y pragmática, a comprometerse seriamente con la paz. ☺